

LA BUSCADORA DE ALMAS

El calendario colgado en la cocina señalaba el final del invierno de mil novecientos sesenta y nueve. Era lunes y aunque hacía mal tiempo había gente en la calle, gente con paraguas y abrigos, gente corriendo para guarecerse de la lluvia debajo de una marquesina, o entrar en un portal temblando y empapados. Como todas las tardes me situé cerca de la ventana del salón con la esperanza de que la lluvia cesase. Quizá podría ver pasar a Lara y hablar con ella, aunque fuese un momento. Lara era una chica de mi edad. Tenía el pelo largo y negro, los ojos oscuros y la voz exótica. Fue mi primer amor platónico y durante un tiempo me sorprendí pensando en ella constantemente.

- Adrián ¿bajas a la calle? Era Joaquín que desde la acera me llamaba a voces. Había dejado de llover. De los tejados caían las últimas gotas de aquella tarde que languidecía bajo los fulgores amarillentos de las farolas y las luces de los escaparates que se reflejaban en mil destellos en los charcos que había dejado la lluvia.

Caminábamos por las calles del barrio. A esas horas empezaban a quedarse desiertas, la humedad y el frío eran incómodos. Joaquín y yo conversábamos de nuestras cosas cuando una sombra se deslizó delante nuestro y desapareció con prisa por una oscura boca calle.

- ¿Qué era eso? Pregunté en voz baja. - Creo que era una chica. Vamos a ver donde va – Respondió Joaquín. Caminamos por entre los charcos. El silencio se rompía por el eco de nuestros pasos. Al doblar la esquina la vimos. Estaba un poco lejos pero incluso a esa distancia nos pareció que tenía un cuerpo joven y bonito y sus andares nos parecieron de lo más estimulante.

En aquella calleja había una pequeña tienda de frutos secos. Allí, por una peseta, los chicos del barrio cambiábamos nuestros tebeos por otros que no hubiéramos leído. La chica se detuvo a observar el escaparate que estaba compuesto por cuencos donde había distintos tipos de olivas y altramuces. Nos detuvimos prudentemente a observarla en la distancia. Vestía con ropa oscura, elegante y guantes negros de piel. Mientras disimulábamos, la vigilé de reojo y advertí que su mirada se encontraba clavada en nosotros. Cuando la desconocida comprendió que la había descubierto se puso de nuevo a caminar y desapareció por una de las calles que llegaba hasta General Ricardos. Salimos corriendo tras ella.

Caminaba con elegancia. Daba la sensación que sabía perfectamente que la estábamos siguiendo, fugazmente nos observaba y procuraba que no la perdiésemos de vista. Esa sensación no me agradaba, pero había algo en aquella mujer que me atraía como si fuese un imán y yo un tornillo, algo similar le debía ocurrir a mi amigo que no apartaba la vista de ella ni un instante.

La joven siguió caminando, cruzó la calle en Marqués de Vadillo y atravesó el paseo de Virgen del Puerto. Caminaba levemente, pero al mismo tiempo nos hacía marchar tras ella a carreras para no perderla. Pero siempre, al doblar una esquina ella estaba allí, a la vista pero inaccesible. Un rato más tarde entró en una casa de la calle Segovia. Escondidos detrás de una esquina vimos como desaparecía en el portal. La casa parecía muy antigua, era de tres alturas y lindaba en su parte de atrás con las vías del tren.

Cuando nos colamos sigilosamente en el portal todo estaba en silencio y vacío. El vestíbulo era alargado, con techos muy altos y un olor espeso, como de abandono. Se notaba que a sus apliques y molduras les adornaba un lujo rancio. La pintura del techo y paredes estaba desconchada en muchos lugares pero mantenía una especie de dignidad más allá de

las cicatrices. Algunas baldosas estaban rotas y muy desgastadas por el tiempo y también por una cierta dejadez que mostraba un color sin brillo. Debía haber sido una casa próspera en otros tiempos. La portería era un cuarto pequeño, con un cristal a su alrededor que como una ventana permitía ver en el interior una mesa camilla y un aparato de televisión cubierto por un tapete de ganchillo. El cuarto se encontraba vacío en aquel momento. La escasa luz que entraba en el portal provenía de un pequeño patio de luces, era la única claridad que iluminaba el lugar. Nos acercamos a los buzones. Nuestros pasos resonaban produciendo ecos que se perdían por todo el edificio. Joaquín sacó un mechero y su libreta y comenzó a anotar todos los nombres de los buzones. - ¿Qué haces? Le pregunté en un susurro. – No te preocupes luego te lo cuento. Cuando terminé de anotar los nombres era ya muy tarde y regresamos a nuestras casas. Joaquín revisaba una y otra vez los nombres apuntados. Por mi parte había algo en la chica que me intrigaba y a la vez me electrizaba de un modo inusual.

Aquella noche tardé en dormir y cuando al fin lo hice tuve sueños extraños. Imaginaba que estaba con ella. Se encontraba recostada, desnuda en un sofá y me miraba sensualmente. En la habitación, sobre una mesa camilla había un marco bañado en oro y con adornos barrocos en los bordes. La foto que contenía estaba borrosa, pero por momentos la imagen se aclaraba y aparecía el rostro de alguien con un tremendo parecido a Joaquín. Era un rostro envejecido y triste, como el de alguien que ha perdido toda la ilusión. Cuando fui capaz de separar mis ojos del marco, detuve mi mirada en el cuerpo de la chica, era una mujer hermosa, capaz de obsesionarme, busqué sus ojos, pero lo que vi en su lugar me asustó. En su rostro había dos agujeros inmensos que traspasaban su cabeza, a través de ellos solo había una profunda oscuridad que me atraía atrapándome en un pozo de negrura.

Me desperté sobresaltado y asustado, estaba sudando aunque la noche era fría. Pensé contárselo a Joaquín como una premonición de algo maligno, pero recordando su mirada de embelesamiento preferí no contarle nada. Al menos por el momento.

Al día siguiente por la tarde me reuní con Joaquin que se encontraba fuera de sí.

- ¡Creo saber como se llama! – Anunció exultante.

- Anda, no me lo creo – Dudé - ¿Cómo lo has podido saber? – Le inquirí ansioso.

- Mira – Continuó Joaquin - ayer anoté los nombres que aparecían en los buzones, y me quedé despierto hasta tarde, hasta que tuve la seguridad de cual era su nombre.

- Bueno dime ¿Cómo se llama? – Pregunté curioso.

- Se llama Alma – Me aseguró con toda gravedad – Te garantizo que ese es su nombre, es misterioso como ella. Además las otras opciones no tenían ninguna posibilidad. Había un tal José, otro Vicente y otro se llamaba como yo, Joaquin. También hay una mujer que se llama Bernarda y luego Alma. ¿Cuál dirías tú que era su nombre? – Me dijo sin esperar respuesta - Además sé en que piso vive – al ver mi cara de sorpresa me informó - en el buzón pone que vive en el segundo A.

- ¿Pero de qué nos sirve saber eso? Le pregunté intrigado.

- Quiero saberlo todo sobre ella. ¿Cuándo come, dónde va, qué piensa?

Joaquin me había dejado asombrado. Comencé a sospechar que estaba enamorándose de aquella sombra oscura que se había cruzado en nuestro camino, - ¡Estás loco de remate! – Es lo único que le pude decir. Joaquin me miró fijamente y comenzó a reírse cariñosamente, como si yo fuera un niño y no entendiera nada de lo que estaba sucediendo.

-¿Tanto te gusta? - Le dije sorprendido. – Me parece la mujer más hermosa que he visto jamás – Contestó embelesado.

Agarrándome del brazo me espoleó – Anda vamos – Nos dirigimos al lugar donde estaba enredada su mente. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Cuando llegamos a los alrededores de la calle Segovia el cielo parecía una cúpula dorada que se difuminaba de manera imperceptible ante nuestros ojos dejando paso a la inminente oscuridad de la noche. La oscuridad a veces asusta, sobre todo cuando, como era en mi caso, eres un chico de trece años y de algún modo estás indefenso en un barrio solitario, oscuro y de alguna manera siniestro. Pero lo que estaba bullendo en mi mente también me parecía peligroso, de otro modo muy distinto, como una flor venenosa, que es hermosa pero que te mata si la aspiras.

Rogando que Joaquin sopesara mi pregunta y que se diera cuenta de que de algún modo estábamos haciendo una locura le pregunté - ¿Y si no está en casa? – Joaquin me miró sonriendo – Pues la esperaremos.

- ¿Y si no vive sola, y si nos abre su marido?

- Vive sola – afirmó de manera categórica.

- ¿Y si se pone como loca a dar voces pensando que queremos robarle o algo por el estilo?

- No te preocupes, eso no va a pasar – Lo dijo tan convencido que decidí no seguir preguntando.

Un último rayo de sol amarilleó el empedrado de la calle y el metal de una farola que lo reflejó en un último esfuerzo de supervivencia. Después, la noche se hizo la dueña de nuestro mundo. Entramos al portal.

Como ocurrió el día anterior el portón de acceso al portal estaba abierto. La oscuridad parecía más profunda. En la portería no había nadie, excepto un gato que se movió intranquilo cuando pasamos junto a la puerta. Con decisión Joaquin pulsó una llave de la luz que había cerca de la escalera. Una luz tímida empezó como a balbucear en el interior de una lámpara llena de polvo y moho. Los escalones eran de madera y crujían a cada paso que dábamos. Caminábamos despacio. Yo, con el corazón en un puño. Según ascendíamos miramos hacía

arriba investigando las formas y las sombras de cada esquina. Las puertas eran muy anchas y de doble hoja y aunque tenían timbre también tenían aldabas como de bronce debajo de la mirilla.

Antes de lo que yo pudiera desear nos encontrábamos frente a la puerta del segundo A. Nos miramos un momento, percibí en Joaquin una cierta indecisión. Si por mi hubiera sido habríamos salido corriendo y olvidado para siempre aquel asunto. Pero la vacilación de Joaquin duró pocos segundos y cuando me quise dar cuenta ya estaba pulsando el botón del timbre. Sonó seco y fuerte rompiendo la quietud y el silencio del momento. Me sentía inquieto y curioso, de algún modo era como si fuera un espectador de la obra donde Joaquin y Alma eran los protagonistas, y yo, poco o nada pintaba allí, tan solo era el acompañante silencioso del héroe. ¿Por qué no me marchaba a casa y dejaba a los mayores hablando de sus cosas? La idea llegó a mi mente desde el exterior, era como una orden telepática y que difícilmente se podía desobedecer. Antes de que pudiera siquiera plantearme cumplirla me sobresaltó el ruido cada vez más enérgico de unos pasos acercándose a la puerta. El corazón saltaba desbocado dentro de mi pecho y necesitaba que alguien me hubiera dado una palabra de ánimo. Supongo que a Joaquin le ocurría otro tanto, pero su rostro siempre atento, ahora en cambio parecía sosegado y decidido.

Fue Alma quien nos abrió la puerta – Os estaba esperando – Nos dijo mientras se apartaba invitándonos a pasar. Nos sorprendió su recibimiento y durante unos momentos no nos movimos. – Venga chicos no os quedéis en la puerta – Insistió la mujer con voz despreocupada.

Ahora cerca de ella podía entender los sentimientos de Joaquin. Alma llevaba puesta una camisa blanca y una falda azul marino. El pelo negro lo llevaba suelto. Le llegaba hasta media espalda. El rostro perfecto, con unos ojos grandes y una mirada llena de conocimiento

que me hacía estremecer recordando mi sueño. Pero lo que más me atraía de ella era su voz y sus labios. Sus labios eran delicados a la vez que voluptuosos y su voz suave pero firme. Por su aspecto no tendría más de veinticinco años, pero su mirada penetrante parecía mirar siempre el pasado, como si en ella no cupiese más que el recuerdo. Todos los hombres en alguna ocasión perdemos la cabeza por alguna mujer y Joaquín y yo la habíamos perdido por Alma.

Joaquín se presentó deslizándose al interior de la casa y agarrándome para que le siguiera de cerca – Hola, me llamo Joaquín Verdaguer y mi amigo es Adrián Iglesias.

Alma observando mi azoramiento me miró entre expectante y divertida – Amigo Adrián, pasa, que no me como a los chicos tan guapos como tú – me dijo sin que se percibiera en su voz ni un asomo de sarcasmo. Al contrario, lo dijo con tanto cariño que mi rostro se puso colorado de satisfacción.

Nos condujo por un pasillo estrecho hasta un saloncito rectangular. Las paredes estaban pintadas de blanco. Era una habitación pequeña que me hacía pensar en la de mi sueño. Apoyado en una de las paredes había un sofá con una tela de tonos apagados. Enfrente una librería repleta de libros viejos. En el centro de la habitación había una mesa camilla con cuatro sillas a su alrededor. Alma señalando las sillas nos invitó a sentarnos.

Toda nuestra prevención del primer momento se desvaneció. Alma nos estuvo hablando de su pasado, de como nos había visto seguirla y lo fácil que había sido provocarnos para que apareciésemos en su casa esa noche. Cuando le preguntamos porqué lo había hecho, nos respondió sonriendo que era una buscadora de almas. Nos contó con toda naturalidad como ella había perdido la suya cuando tenía nuestra misma edad a manos de un hombre mayor, al que conoció de una manera extraña, y que de algún modo le recordaba a Joaquín, desde entonces su castigo era buscar almas, puras como las nuestras.

Nos relató muchas historias divertidas, tristes, actuales, antiguas. Pero de la manera que las contaba parecía que ella siempre hubiera estado presente. Conocía los detalles. Era como si hubiera vivido muchas vidas distintas y en momentos y lugares muy distantes.

Aprovechando que Alma había ido en busca de unos refrescos. Le pedí, le rogué casi sollozando a Joaquin que nos fuésemos de aquella casa, de repente tenía mucho miedo y ni siquiera la sensación apacible que emanaba del cuerpo de la mujer era ya suficiente para mantenerme tranquilo en mi silla. De pronto sentía que Alma era el diablo, dulce y encantador pero el diablo y que si no nos marchábamos sería nuestra perdición. Era como si su embrujo se hubiera centrado en Joaquin y yo hubiera escapado de sus redes por un momento y hubiera percibido la maldad debajo de su piel, pero claro eso era muy difícil explicarlo allí y a alguien que estaba totalmente rendido al influjo de Alma. Joaquin me miró con cierto aire de reprobación – Nos está abriendo su corazón, nos está hablando de sus sentimientos, no podemos irnos ahora.

Cuando Alma entró en la habitación me miró fijamente, como percibiendo mis sentimientos encontrados. Colocó mi bebida en la mesa y dirigiéndose a Joaquin le pidió que la acompañase. Salieron del cuarto dejándome solo. Por educación comencé a beberme el refresco. Les podía oír al fondo de la casa como hablaban y en algún momento hasta percibí una carcajada de mi amigo. Unos minutos más tarde apareció Joaquin con el pelo revuelto y un rostro feliz y satisfecho. Tras él entró Alma, sonriente y hermosa. Me fijé que estaba abrochándose uno de los botones de su camisa.

- Chicos creo que debéis iros a vuestra casa, ya es un poco tarde. Dijo Alma con una sonrisa en su rostro. Sorprendentemente Joaquin no se opuso y pasándome el abrigo me empujó hacia la puerta de la calle. Aprovechando al ver como se estaban desarrollando los acontecimientos, decidí hacer lo que me decían.

Alma se despidió de Joaquin con un beso en la mejilla. Yo esperaba el mismo tratamiento pero sus manos sujetaron mi rostro y me besó dulcemente en la boca. Su contacto era delicado pero firme. Fue una sensación tan amorosa que de pronto me sentí culpable por haber pensado mal de Alma. Me miró a los ojos con dulzura, como leyendo mis nuevos pensamientos, Acercó su boca a mi oído, como queriendo evitar que Joaquin nos pudiera oír.

- Adrián, conmigo habrías sido muy feliz, pero las cosas no funcionan así. Solo uno puede venir conmigo y te aseguro que Joaquin lo desea y está preparado. No te preocupes por él, conmigo va a encontrar la felicidad que nadie le habría dado en su vida. Yo lo sé – Intenté contestar pero mi mente buscaba palabras que no existían, me quedé en silencio mirando sus ojos que parecían observar de manera inquietante lo efímero y lo definitivo de mi persona.

Sin más cerró la puerta de su casa y me quedé fuera de su vida. Joaquin no me preguntó por lo que me había dicho Alma, ni siquiera me miró. Al salir a la calle una tristeza inmensa me invadió y no pude resistirme a sollozar.

Hicimos un buen trecho del camino de regreso a casa sin hablar. De repente se detuvo me miró a los ojos, me sonrió un momento y dándose la vuelta se marchó para siempre de mi vida, pero en ese momento yo aún no lo sabía. Le seguí y advertí como regresaba a la casa de Alma. Desde la calle pude ver sus sombras iluminadas recortándose a través de las cortinas, abrazándose. Lloré de nuevo, por celos, por envidia, con pena por mi amigo y por mi mismo. Esperé largo rato en la calle junto a una farola. Hasta que el frío y el miedo me hicieron comprender que debía marcharme.

Al día siguiente, tras una noche repleta de vacíos y sueños rotos, me dirigí al colegio, no entré, estuve esperando escondido para ver si Joaquín llegaba. Cuando las puertas se cerraron comprendí que Joaquín no iba a ir al colegio. Con sentimientos de culpabilidad y muy asustado salí corriendo hasta la casa de Alma.

Al llegar me encontré que un cerrojo en la puerta me impedía el paso al interior del portal. No entendía que podía estar ocurriendo, comprobé de nuevo el número del edificio para asegurarme de donde estaba. No había error. A través de los barrotes observé el interior del vestíbulo. Todo estaba a oscuras. Di la vuelta al edificio y encontré una puerta de servicio. Era de madera y las tablas estaban rotas. Aproveché para introducirme a través de ellas. Allí dentro olía a cemento putrefacto y a meados de gato. Saqué una caja de cerillas y encendí un fósforo. Se iluminó a mi alrededor y me encontré que estaba en un edificio casi derruido. Me acerqué hasta donde sabía que se encontraba la portería. Los cristales estaban todos rotos y tan solo quedaba una pequeña mesita baja, llena de polvo. La barandilla de la escalera también estaba muy sucia. Los peldaños en el primer tramo no existían, y un poco más arriba daba la sensación de que se sujetaban inestablemente sobre unas vigas podridas. No estaba soñando, todo había ocurrido realmente, pero ahora nada existía, y yo estaba solo sin poder desahogarme con nadie.

Salí del edificio. Junto a la entrada principal había un banco de piedra, cerca de la farola desde donde la noche anterior había visto a mi amigo y a Alma abrazados. Dos gorriones peleaban por una miga de pan, cuando me acerqué abandonaron sus diferencias y salieron volando en direcciones distintas. Me senté en un banco, deseaba pensar. Era imposible que todo lo ocurrido hubiera sido un sueño, pero lo cierto era que aquel edificio parecía estar abandonado hacía demasiado tiempo. Yo no creía en la magia ni en los espíritus pero desde aquel aciago día todo cambió para mí.

En el barrio hubo una terrible conmoción cuando los padres de Joaquin denunciaron la desaparición de su hijo. Yo jamás hablé de lo que sabía o sospechaba. Algunos meses más tarde los padres de Joaquin abandonaron el barrio y nunca más les volví a ver.

Durante estos años siempre he esperado que Alma volviese a buscarme. Algunas noches harto de mi soledad salía en su busca. A veces creía que la había encontrado pero en cuanto me acercaba descubría que aquel no era el rostro de la enigmática Alma. Con los años casi he perdido la esperanza de volver a verla, mi corazón le perteneció desde aquel beso, aquella tarde de finales de invierno.

Su rostro se está desdibujando en mi memoria, el de Joaquin ya hace mucho tiempo que lo he perdido para siempre. Ahora, a veces, parece que nada de aquello ocurrió realmente.